

Dos Latte espesos durante una temporada

DANIELA MONJE



Image not found.

Capítulo 1

*.

Cuando eres nuevo en un ambiente y te fuerzas a adaptarte. Son dos cafés a punto de hervir, pero un instante para servirse.

DOS LATTE ESPOSOS DURANTE UNA TEMPORADA

2 de noviembre de 2020

Aunque no lo creas existe gente con la idea de que madrugar es agradable. Que no hay como sonreírle a la vida al residir en una ciudad con clima frío y cuando aún quedan veinte minutos para iniciar tu jornada de trabajo. Es válido mostrar una caja de dientes cuando vives solo; inclusive creer escuchar, en tu cabeza, el glorioso sonido de un arpa angelical.

Sin embargo, es insufrible al tener a tu perro y pareja como única compañía.

—¡Cobran mucho en esa guardería! —reclamó una voz masculina.

—Solo serán dos semanas que estaremos fuera del país —argumentó otra femenina.

—¿Te has preguntado siquiera cuánto sale cada noche? A pesar de hallarse en un quinto piso, la discusión era escuchada entre el sexto y cuarto de aquél condominio residencial. En ocasiones anteriores, los vecinos habían osado en ir a golpear hasta la puerta de su apartamento y reclamarle al joven “matrimonio”¹, precedido de incontables bravatas y amenazas.

«Deberían separarse si tanto no se soportan», «A la próxima, llamamos a la policía», «Consigan un abogado para la custodia del pulgoso».

A ese punto, no sería de su asombro si en la próxima junta de residentes,

fueran señalados por “atentar contra la sana convivencia”.

—Ya lo discutimos, que Cheli se quede con tu mamá —hablaba un hombre por teléfono, con el altavoz activado.

Cheli era el nombre de su perro raza Cocker Spaniel. Atesoraba a ese animal más que a su propia familia, solo para magnificar la discusión. Había sido un regalo de sus padres en año nuevo. De ella tenía muchas anécdotas: disfrutaba invertir su tiempo en darle prolongados baños en la regadera de la casa y usar, para ello, jabones aromatizadores especiales, anti-pulgas. Otro día había asistido a un Baby Shower de una de sus compañeras. Una vez ahí, arremetió a un cuestionario sobre qué talla de pañal era más cómodo, y si estaban disponibles en tiendas online el color lavanda en mitones².

Por supuesto, para Greicy, su novia, esto no era un secreto.

—¿Ya olvidas lo que le pasó a mi mamá la última vez que se la encomendaste? —con cierto tono acusador pretendía refrescarle la memoria.

—Solo estaba persiguiendo al gato de la vecina—defendió. Pensaba que su novia había adquirido la manía de culpar a su mascota por todo.

—No me importa los motivos, Rafael —cortó antes de que su pareja iniciase su típico discurso dog lovers—. Escucha, odio tener que decirte esto, pero tu perro está siendo ya un gran obstáculo en nuestra relación.

El hombre se movía sobre el espacio, a la par que luchaba con escucharla a través del teléfono. Con prisa, y atisbando a cada momento la hora en el reloj de pared de su sala, se dirigió hacia la cocina. A continuación, sacó de la nevera una botella de Yogurt griego, acercó la nariz a la boca para aspirar el aroma. Leyó el sellante y comprobó su fecha de caducidad: febrero del año 2021.

Vertió el espeso líquido blanco en un tazón hondo seguido de echar sobre él un puñado de hojuelas de maíz azucarado. Un cereal era el equivalente a un desayuno tradicional, y rezaba porque su estómago fuese capaz de soportar, mínimo, hasta el mediodía.

Juntó sus rodillas para inclinarse a la altura de las alacenas inferiores debajo de la encimera. Abrió un cajón y ubicó una bolsa de concentrado que había quedado.

—Ven hermosa, ven aquí —llamó a su mascota cuando desparramó el alimento en su tazón de color fucsia. Lo zarandeó con su mano repetidas

veces.

Para ese día, llevaba puesto un hermoso vestido de color rosa; con lazos rojos a un lado y bordados de pollitos impresos en él. Tenía un aspecto muy infantil.

—Rafael ¿Me estás escuchando o de nuevo estás con ese perro? —su estado de ánimo cambió a uno de evidente irritabilidad.

—Sí, estoy aquí —distráido, le respondió, aunque el celular se había resbalado de sus manos por unos segundos. —Y ese animal tiene nombre. Se llama Cheli —corrigió con una voz que ahora denotaba autoridad.

—Pues quédate con tu Cheli y a mí olvídate —amenazó con aire de drama. Estaba adoptando una actitud entre pretenciosa y manipuladora.

—Pues me lo pusiste muy fácil. Elijo a Cheli —colgó, sin darle más trascendencia al tema.

Su mano, aferrada al pequeño aparato, aun temblaba. De pie, incrédulo por sus palabras y su ferviente comportamiento de hace unos segundos. Después de casi seis meses viviendo juntos había adquirido el carácter suficiente para finiquitar una relación que nunca había conducido a nada desde un inicio.

Se agachó de nuevo para hincarse de frente hacia su mascota. Propinó dos golpecitos leves en su cabeza a modo de despedida y apresuró en irse. En la sala, le había dejado un dispensador de agua y comida. Cerró la puerta, caminó rumbo al ascensor y apretó el botón de “abajo” para llamarlo. Revisó una vez más la pantalla de su celular y deslizó su dedo sobre la lista de contactos. Tomó un largo suspiro mientras ambas puertas se abrían de par en par.

Para su mala suerte, se había topado con un vecino. Se trataba de una señora mayor de edad, estatura medianamente baja. De su castaña melena, apenas se divisaba, con algo de dificultad, unos rayos blanquecinos. Su temperamento era de aquellas personas que gustaban ofender y quejarse en las reuniones. De la misma manera, había ganado cierta reputación. La apodaban “la comunicadora”. Porque amenazaba con marcar al indicativo de la policía del cuadrante si sus vecinos no rebajaban el volumen de sus parlantes durante alegres reuniones de risas y ron cubano.

“Recuerda lo que te recomendó tu psicoanalista. Tolera, sonríe. Tolera, sonríe» se repetía mentalmente, con la mirada “muerta” en la puerta y la urgencia de escapar.

—Las mujeres de hoy en día buscan un cerdo complaciente —comentó de pronto la señora, sin dirigirse a nadie en concreto (o eso era lo que parecía hacer creer).

—O la segunda pensión en un accidente doméstico —dijo él con brillo de hilaridad. Se hacía al desentendido.

Ella levantó ambas cejas con impresión. En realidad esperaba otra reacción. Un grito, un insulto, una confrontación; cualquier actitud agresiva que justificase la existencia de cámaras de vigilancia al interior de esos pequeños espacios. En lugar de eso, él lo había tomado con suficiente humor. Una reacción positiva y en plan “seguir la corriente” desarmaba la mentalidad pervertida de cualquier horda de idiotas.

El ascensor frenó, con el número “uno” iluminado. Había llegado a la primera planta del edificio. Eso era un alivio. Se despidió de la mujer con voz baja, exclusivamente para efectos de cortesía y salió de ahí. Avanzaba a pasos agigantados pues llegaba tarde al trabajo y el teléfono se asimilaba al zumbido de una abeja.

Cuando su vista se dirigió a la pantalla, gesticuló una expresión que revelaba su ánimo: exhausto. Era Eduardo, su compañero de bromas, aquel que siempre presentaba ante el jefe una balurda excusa para justificar sus constantes retrasos, o “pedir el día libre”. Rafael, carcomido por los sentimientos de envidia; solía preguntarse por qué, cuando él solicitaba salir temprano de su lugar de trabajo por alguna que otra emergencia, inmediatamente era rechazado, sin considerarlo. Eduardo, en cambio, le era fácil aludir, en cualquier día de la semana en horario laboral, que estaba al tanto de acudir a una cita médica. En palabras de él: “Ya la había reservado con su médico tratante”. Era muy obvia la suerte que corría.

Durante el trayecto de la segunda torre de apartamentos hasta la pequeña caseta de vigilancia. que daba salida, a su vez, a la verja de barrotes negros, extendía el brazo para saludar a sus vecinos animosamente. Algunos le devolvían el gesto, otros preferían pretender que no lo conocían. A él no le importaba, pues ya estaba acostumbrado a esa dinámica de convivencia.

Eran cinco edificios, sin un ventanal extenso o balcón por el cual se filtrase las corrientes de aire heladas que soñían colmar la ciudad. Todas moldeadas a base de ladrillo, pintadas con colores apagados; ninguna que representase lo llamado “estrambótico”, siquiera, con tonos oscuros. Era la homogeneidad lo que distinguía ese condominio: rodeada de pequeños árboles, con sus hojas que apenas conseguían cubrir de los rayos de sol a algunos autos estacionados.

«¡Trabajemos duro hoy! Si corres con suerte, puede que te den un ascenso».

En su Whatsapp recibió el mensaje de su compañero, acompañado de una cara sonriente al final de él.

Era entusiasta y optimista. Rafael también lo era, pero siendo una máscara que mostraba a la gente, ajena a su círculo familiar y amigos de confianza. Al atravesar la verja caminó hasta la acera para esperar el transporte público. Chaqueta negra, camisa con cuello de tortuga y tenis que encerraban la parte del contrafuerte y la puntera. Ese día maldijo el haber seleccionado zapatos que no había visto en su armario desde hacía dos años.

SIGNIFICADO DE LAS RELACIONES PUBLICAS

1. Ser paciente y sonreír

2. Tratar a todos con el debido respeto

3. No simular ser una bomba atómica cuando el panorama no es el mejor.

Había escuchado, alguna vez, que en el Oriente así funcionaban las relaciones interpersonales: el uso de la máscara de teatro, con los labios curvados hacia arriba, mostrada para desconocidos y trabajadores. Era aquella que se cuidaba de los comentarios nefastos en lugares ajenos a tu primer “espacio experimental”. Que una vez sales de casa, emprendes tu carrera momentánea de actuación. Que eres el intérprete de una realidad alterna, una realidad en donde se supone no existir las amarguras de tu hogar. Cada paso que das es similar a caminar sobre una canasta de huevos y, a veces, la cuerda floja de un circo. O sobrevives en tu entorno, o el entorno es quien te consume primero.

Pero ¿Rafael Estupiñán tenía la batería al cien por ciento en ese momento? ¿Desde cuándo la espuma de su café había descendido de manera peligrosa? ¿Crees que el hombre no conserva límites y principios?

Dos voces en disputa y luchando por cuál opacaría primero para posicionarse como la dominante. Un cliente habitual: un señor de estatura baja, lentes de marco grueso y una bufanda roja que casi apretaba su cuello, se quejaba con el empleado estrella. El motivo de su inconformidad: jeans azules de estilo campana, un tanto holgados, con la bota recogida hasta la parte de los tobillos.

—Dije que los pantalones debían estar sueltos, sin remangar —clamó a la

vez que señalaba el error de diseño.

—Están sueltos, Señor.

El hombre dobló el pantalón en cuatro partes, con la fuerza de ambas manos, y lo

metió, con aspereza, en la bolsa desechable. Lo arrojó y la prenda impactó contra el

pecho del más joven. Rafael lo atrapó a tiempo, y en su mirada se dibujaba el estado de irritación más puro.

—Exijo un cambio.

No iba a tolerar que lo tachasen de estúpido o ignorante.

—Cualquier cambio o devolución de cualquier prenda solo es permitido tres días después de la compra —explicó el dependiente, con la tentativa de que su voz no perdiese su ritmo apaciguado.

Como ya dedujiste Rafael trabajaba en una clínica de vestido, desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Entre sus funciones: cotejar prendas, lidiar con las medidas y puntadas de cada una. Debía coser y arreglar imperfecciones, invitar a la gente a modelar en el vestier que tenían a la entrada. Era un espacio angosto, cubierto, nada más, por una cortina azul que funcionaba semejante a una persiana.

Aunque él estuviese convencido de las políticas en su trabajo, habrás escuchado alguna vez que: “el cliente tiene la razón”. Algo temible y pesimista, pero la dinámica de trabajo era dominada por los gustos y caprichos de la clientela. Extendió el brazo esta vez, con el ademán de devolver la bolsa y que se fuese de ahí, sin generar disturbio alguno. No quería perder sus neuronas entrando a un hipotético campo de batalla, donde las cartas ya estaban jugadas. Ese señor era el cliente más importante para su jefe. No podría consentir que su última frase fuese: “No recomendaré este desacomedido lugar a mis contactos”.

El panorama fue otro cuando la expresión del hombre cambió de una de molestia a curvar los labios ligeramente.

—Tres días, tres días... —repitió, como si se mofase de las políticas laborales —. Escucha, niño —dictaminó, entre severo y pose amenazante —, fui muy específico con mi pedido cuando llegué la semana pasada. Yo solicitaré tres días a su jefe para que lo despida por ser un incompetente. —Con su voz hizo énfasis en el “tres”.

La batería de su ánimo descendió a un cuarenta por ciento.

—Cuando vino a hacerse tomar las medidas usted dijo haber estado satisfecho con el

resultado —alzó levemente la voz en su defensa, pero se cuidaba de no caer en el

irrespeto.

Lucha por el autocontrol. Por sonreír. No explotar...

—Mi esposa me hizo la burla con el resultado —escupió bilis — ¿Seguro que su jefe

observó su perfil de habilidades cuando lo contrató? —se burló.

Veinte por ciento. Su capacidad psicológica reclamaba ser demolida. En su interior, se hallaba un bravío animal, sujeto a cadenas que chirriaban. Pedía a gritos ser absuelto de su hábitat natural.

—Pues su esposa no está tan lejos de la realidad —soltó ahora sí asegurándose de demarcar enojo en cada palabra —¿Está seguro que su mujer se casó con usted solo por amor? —contraatacó con todo el escarnio que le fue posible.

Ahí estaba el resultado: un hombre pequeño, con el cejo entrefruncido, y sus lentes resbalando, a cada rato, del dorso de su nariz. Era gracioso presenciar la forma en que los acomodaba con sus manos, temblorosas, a la vez que estas se empañaban. Era a causa del congelante semi-invierno que acostumbraba azotar a los barrios bajos.

No había peor golpe para una persona que mencionar los asuntos del amor. ¿Rafael se había atrevido de aludir a lo último como venganza por el comentario de su perfil profesional?

Que no quedase dudas.

—Nadie me habla así —sentenció el cliente. Era una condena.

—Qué mal, ya le estoy hablando así.

—Quiero hablar con su empleador —ordenó

El miedo, los nervios. Si accedía a su petición, sería darle el gusto.

Obedecer a la ley

civil y social sobre que el cliente es el individuo que importa.

Alejado de las inhibiciones, decidió atacar. Las cadenas habían liberado a su espíritu animal.

—¿Sabe qué? Llévase su horrible pantalón —tomó la bolsa y, doblando su brazo solo un poco hacia atrás, la lanzó hasta los pies del hombre —¡Y no vuelva...!

El sonido del arrastre interesó a otro muchacho, quien desde hace un rato estaba escuchando la desavenencia entre su compañero y el comprador. No obstante, era de aquellos que se mantenían al margen de una situación de ese estilo, solo para no clasificar en la lista negra de empleados. Eduardo entró en escena, posicionó su mano derecha en el hombro de Rafael y, en su intento por sonar afable, le advirtió susurrándole sobre no gritar o levantar la voz a la clientela, pues aquello confería mala imagen al negocio.

Mucha gente, a tempranas horas de la mañana, solía pasearse por la clínica del vestido "Arreglos Borboleta". La razón: era la única tienda que entendía y satisfacía las necesidades, gustos y mañas de la clientela.

—En nombre de mi compañero, le ofrezco una disculpa, Señor Amarentus —intervino como un intento de "calmar las aguas" —. Tendrá el cambio de su pantalón para hoy en horas de la tarde.

—Oh, eso sí que no, yo no voy a hacer ningún cambio. —Rafael no reparó en rechazar de inmediato. Esto dejaba a la vista su emergente agresividad.

Estaba por darles la espalda y regresar a su turno desde antes que ese horrible señor llegase. Esa no era su responsabilidad, menos era culpable sobre la creación del reglamento laboral. Tampoco iba a invertir su valioso tiempo de la tarde arreglando un traje que después sería menospreciado.

Su compañero obstaculizó su camino y habló cerca de su rostro. Era un asunto serio.

—Oye, madura y atiéndelo. ¿Quieres que te echen?

—¡Tú atiéndelo! —confrontó a su interlocutor con notoria belicosidad. —, total nunca haces nada y vives sacando permisos. —Por favor, Rafa, este es un cliente muy importante —abandonó el estado previo de brusquedad, ahora sonando conciliador —. Si lo dejamos ir, correrá el chisme con todos los de la zona..., y hasta la ciudad entera —dijo lo último con pavor —. Es una figura muy influyente ¿Sabes quién es?

—No, no sé quién es y me importa un rábano —su frase evidenciaba una poderosa carga de ira y repudio en el ambiente tenso por sí solo.

El hombre seguramente estaba a la espera de una disculpa. Un "perdón" que nunca llegó debido al orgullo incesante del joven subordinado. Esa incógnita sobre quién era ese hombre, en el medio, estaba retenida

en su memoria, pero no tenía la intención de frenar su comportamiento a causa de esos detalles.

Había detonado la bomba emocional que le empujaba a mirar el mundo con odio. Aunque su enfurecimiento duró menos que la bruma empezando el verano.

Un hombre es capaz de resistir dos infortunios en un mismo día, acrecentarlos en su interior y al final escupirlos en su entorno. Pero, a su vez, es de arriesgados cometer una imprudencia.

CUANDO SE ROMPE UNA BARRERA

Rafael perdió su trabajo ese día por haber maltratado verbalmente a un cliente importante de la clínica del vestido. Eduardo nunca lo defendió. El incremento de sueldo solo había sido una momentánea ilusión.

«Lamento informarle que, a partir de ahora, no requeriré de sus servicios. Espero comprenda que su actitud hacia uno de nuestros más respetados clientes no fue la más idónea para resolver una compleja situación. Arreglos Borboleta manifiesta su rechazo a todo comportamiento hostil y violento por parte de nuestros empleados hacia la comunidad. Por favor, pasar a reclamar su liquidación el día de mañana en horas de la tarde. Ahí encontrará los ajustes de las prestaciones y cada hora extra laborada. En caso de presentarse algún desacuerdo con la forma en que fue liquidado, podrá hacérselo conocer a la mayor brevedad. En serio soy honesto cuando le expreso que me aflige perder a un empleado, puesto que, con el tiempo, los considero un miembro más de mi familia. Recuerde que, antes de ser un lugar de trabajo, es un segundo hogar; basado en principios como el respeto, la responsabilidad la atención a sus deberes diarios. Espero, de corazón, que las cosas resulten fructíferas para usted a lo largo del camino. De parte de Carlos Ballesteros, mis mayores deseos»

Oscar B. Sastre, jefe y Representante Legal de Arreglos Borboleta.

—Que se echa todo un repertorio —suspiró el joven, ahora desempleado, cuando finalizó su lectura.

Tenía el deseo de arrugar el papel o de meterlo en una caja con el rotulo de "recuerdos sin valor alguno", que mantenía oculta bajo la cama. No deseaba que Cheli lo viese de esa forma: abatido, sintiéndose perdedor y

sin el ánimo de soportar

contratiempos. Se consoló a sí mismo con el pensamiento de que, por lo menos, la empresa había cumplido con el pago oportuno, producto de su trabajo del mes.

Contempló, por última vez, el portón rojo y angosto que estaba en frente de él. Era el segundo trabajo de ese año. El primero había sido como mesero en un restaurante de comida china. Para su desgracia había terminado por renunciar debido a los constantes acosos e insinuaciones de carácter sexual que padecía, casi a diario, de la empleadora de aquel entonces. El tema de la pareja era otro asunto y haber terminado su "historia de amor" con Greicy, el mismo día de su despido, no aminoraba su perspectiva acerca de la vida.

A la par, mientras caminaba, pensó en algo. Sacó su celular y se dirigió a la aplicación sucursal virtual de su cuenta bancaria. Para un joven; sin obligaciones, deudas o su primer trabajo siquiera, resultaría un tanto "anormal" el hecho de que los adultos sintiesen la imperiosa necesidad por revisar la App del banco, con un registro de, por lo menos, dos o tres veces por semana.

Rafael Estupiñán era consciente de que nada, en su vida, aparentemente estaba cambiando. No existiría el día en que "por arte de magia", un buen samaritano quisiera realizar una consignación a su cuenta. O alguien, por accidente, en un intento de transferencia, digitase el seriado de números equivocado.

¿Recibir el dinero sería considerado un delito? ¿Abusar del uso de tu propia tarjeta de crédito era un delito?

A lo primero: enriquecimiento injustificado. A lo segundo: autocomplacencia.

SIGNIFICADO DE "DOS GOTAS CONTAMINADAS"

Cuando una persona cree ser el único pasando por un día de perros, en algún rincón del mundo, hay alguien corriendo con una suerte peor. Para entender este término inventado a capricho del autor, basta con hacer un ejercicio de creatividad simulada: estás en una partida de parchís. Tú, jugador, tiras dos dados. Ambos señalan tres puntos para hacer, exactamente, tres movimientos en la tabla. El segundo jugador saca solo un punto en el dado. En este caso, se deberá sopesar las malas rachas.

Existen personas que comentan que puedes distraerte en los centros comerciales, ya fuese “vitrineando” a lo lejos el mar de tiendas de cada piso, o entrar solo para tener el gusto de comparar precios y espantarse con ellos. Que no hay nada mejor que salir de compras con tus amigos y/o pareja un lunes en la mañana. Hace menos de un mes había sido anunciado por diferentes medios de comunicación que el centro “Miraflores” abriría sus puertas un día del mes de octubre, presumiblemente a finales.

Cuando pasabas conduciendo por la segunda calzada, con vista al estadio de futbol, lo primero que contemplabas era una hilera de autos; los cuales, de manera inevitable, ralentizaban el agobiante tráfico de la metrópoli. Al momento de la inauguración, observabas diez a la vez, todos estacionados cerca de la avenida y luchando por abrirse un espacio.

Si, la modernidad era un elemento abiertamente visible en las nuevas demandas de la ciudad de Bogotá.

Una vez dentro parecías un niño pequeño, ansioso de ir a todas partes, sin saber a cuál tienda visitar primero. Estabas deslumbrado con su diversidad. Cinco pisos, seis tiendas en el lateral izquierdo y otras seis por el lado opuesto.

En la tercera planta, en la lejanía, se escuchaba una voz fuerte, que demarcaba un pleno estado de determinación. Esto también se reflejaba en la actitud.

—¡Exijo hablar con el dueño! —demandó una chica mientras un guardia de seguridad hacía el ademán de tomarla de los hombros y apartarla del empleado. Pero ella, en un efímero acto de rebeldía, blandió su propia mano y azotó con ello la del contrario. Era clara su intención por evitar cualquier indicio de contacto físico —. ¡No se atreva a tocarme! —amenazó.

Los ojos de la chica alcanzaban a vislumbrar, tal como un par de llamas que apeteían por alzarse. El motivo de su disgusto y cegada por la necesidad de amedrentar e insistir de discutir con el encargado: los zapatos, estilo mocaín, que había comprado hacía apenas dos días en esa boutique de calzado ya no eran susceptibles de cambio.

No poder cambiar una prenda de vestir era considerado el enemigo natural de una mujer. Y que la trataran con irrespeto, justificaba su mala actitud a primera hora del día.

—Señora, lamento decirle que ya no está la talla que busca. La promoción se agotó. —De manera calmada y desinteresada, explicaba una

muchacha.

—¡En dos días! —Su expresión encarnaba el desconcierto súbito.

Ella no era una crédula.

La subordinada levantó ambos hombros, reclinó un poco sus brazos y dejó a la vista tan solo las palmas de sus manos. Eso era un gesto que representaba la frase:

«No me importa. Qué voy a saber yo. Cosas internas de la tienda»

—Insisto en hablar con su jefe —requirió una vez más —. Quiero tratar con el dueño del circo, no con los payasos —su escáner (vigorosa mirada) ostentaba una mueca de desprecio. —Cualquier cambio o devolución de cualquier prenda solo es permitido en un plazo de cuarenta y ocho horas después de su compra — aclaró, aun apática —, tómelo o déjelo, señora. Políticas del establecimiento. —Era notable, a ese punto de la discusión, que lo único que anhelaba era echar a patadas a esa cliente. —¡No son dos días, son tres!

Intentó disminuir la distancia, pero el vigilante se interpuso entre ella y la empleada. Lanzó una mirada de reprobación hacia la enojada muchacha. Con esa acción, todo se entendió en el instante: ella era la perdedora. Si avanzaba un paso más, probablemente su nombre estaría grabado en el titular de una noticia de internet.

—Pues vaya a otra tienda que sí tenga la talla que busca.

—Esa no es la forma de tratar a sus clientes —reprendió. Internamente, batallaba con calmarse.

—Como sea, no me haga perder el tiempo.

—Está bien. —Resignada, accedió — perdone usted las molestias ocasionadas.

La mujer volteó para seguir su turno de trabajo y el guardia se retiró. Con la bolsa de los zapatos en una mano, primero pareció meditarlo. Caminó hasta el pequeño balcón que asomaba al panóptico de los cuatro laterales. Inhaló, su pecho se encogía y su cerebro aclamaba por liberar a la bestia.

La gente que se paseaba por los pisos inferiores, se arrepentirían por no haber sido lo suficientemente rápidos para no perderse la escena que, en un marco de veinte segundos, apareció ante los ojos de los visitantes del

tercer nivel:

La "cliente" se dio la vuelta, regresó y, con sus pies que danzaban como si fuese un pájaro pequeño que apenas tomaba clases de vuelo, desenfundó el "arma". A continuación, lo aventó hacia el largo vidriero externo, donde se exhibía un maniquí que modelaba las últimas botas de cuero.

El estrépito de un montón de vidrios, rompiéndose en coro, alertó a la mujer. Una sirena hizo acto de presencia e hirió los oídos de los compradores.

—¡Seguridad! —gritó hacia dos hombres uniformados.

Ahora ella era el centro de atención. La gente, a su alrededor, conservaba miradas cargadas de incertidumbre.

«Está loca, ¿Qué le pasa?» «Se merece una pena muy severa» «De seguro que es extranjera. Todos los extranjeros son así»

Su oído divisaba esos comentarios.

Observó que dos hombres se acercaban a ella a paso sigiloso al tiempo que hacían el ademán de deslizar sus manos hacia un pronunciado bulto que sobresalía a un lado de sus caderas izquierdas. Intuía levemente que se trataba de un instrumento de castigo y represión (que no recordaba el nombre) debido a su descarada actitud de hace unos momentos.

La sensación de miedo apareció y escurrió todas sus agallas.

Ser imprudente es una cualidad y defecto del hombre. Pensó que eso la convertía en una auténtica idiota.

«I already flew out of here!

Esta vez habló su pánico por ser atrapada. Empezó su huida...

Corrió hacia las escaleras, donde los mocasines chirreaban sobre el piso recién encerado. Mientras la empleada de la tienda continuaba de pie incrédula por lo sucedido. Después,

miró el zapato que había hecho añicos una parte del negocio. Se agachó y lo tomó por unos segundos. Al cabo de un corto silencio, y ante las miradas aun atónitas de los compradores, tomó la palabra:

—Y lo compró en rebaja —señaló con un gesto de asco—. ¡Qué diseño tan

feo! Lo botó de nuevo, como si sus manos hubiesen sido infectadas.

Dos piernas en el afán por desaparecer y el corazón que vociferaba que sería muy tarde para arrepentirse. El trote era insaciable. Ya la escena se asimilaba a la de un atleta olímpico. El ruido de dos silbatos, gente chismorreando la situación en ese momento, y la conmoción ocasionada por la extranjera, bastaban para recrear todo un pequeño caos.

Segunda planta. Mientras aceleraba, en su campo de visión permanecía la leve ilusión ocular de que la gente solo eran figuras difusas, desintegrándose en el espacio. La respiración dolía, su pecho se encogía de nuevo, pero su corazón seguía en la delantera. Debía llegar a la línea de meta. Esa era su obligación o sus padres nunca estarían orgullosos de ella.

—¡No llegará muy lejos! —escuchó la advertencia de uno de los hombres.

Durante su “valerosa” fuga, no había contado el número de veces en que había chocado con alguien; ya fuese al interrumpir una conversación, desparramar bolsas de comida o provocar el llanto de bebés metidos en sus cochecitos de paseo. En un instante había resuelto, en su cabeza, llamar el ascensor, aunque dicha decisión terminaría siendo más un perjuicio que un beneficio.

Primera planta. Un logro: no había tráfico de gente que estorbase su carrera. Cuatro trotes y dos almacenes más por cruzar.

Salió. Se obligó a inhalar el aire atestando contra su pecho. En un acto reflejo tosió de forma burda. Se dio la vuelta y alzó la vista para contemplar, muy probablemente por última vez, el enorme cartel con el nombre de ese monstruo que se hacía llamar centro comercial *Miraflores Conabeja*.

Sus ojos se adentraron en la plaza principal, donde se encontraba la fuente de agua. Ahí lo comprobó. Ya no había guardias que la siguieran, no más empleadas groseras y desatentas.

Ángela Lovinia oficialmente había sobrevivido a su primera huida. ¿De ahora en adelante estaría vetada de ese lugar?

Que no quedase dudas.

ALGUNOS DATOS SOBRE ANGELA LOVINIA

Su cabello era de un color castaño con rayas rubias, ojos oscuros,

casi negros; de esos que puedes considerar “expresivos”, mejillas un tanto abultadas y de boca pequeña. Sus amigos le habían comentado que Bogotá era una ciudad que te sorprendía con sus edificaciones y el gélido clima que podía entumecer tus pies.

Caminó hacia una de las bancas exteriores, situadas cerca de las aceras que daban salida a la espera de autobuses, aquellas en las que había carteles publicitarios en su respaldo. Se sentó, sacó el celular del bolsillo de su pantalón, marcó un número y lo pegó a su oreja. Sus piernas, mientras tanto, se balanceaban de adelante hacia atrás en un infructuoso intento por evitar morir de hipotermia. Sus labios inclinaron hacia arriba al escuchar la voz que esperaba.

No obstante, no se trataba de una sonrisa que revelaba regocijo. Esta, por esa ocasión, denotaba un sentimiento: pesadumbre.

—Hola Mamá —saludó — ¿Estás muy ocupada para hablar?

Al otro lado de la línea la mujer se hallaba en lo que parecía ser el cubículo de una oficina. Teléfonos que no frenaban de sonar, los empleados que se movían de un lado a otro, bastante inquietos por el ajetreo del diario vivir.

—Claro que no —mintió —. Siempre tengo tiempo para ti. ¿Cómo te ha ido por allá? — preguntó con aire de ternura, un rasgo característico en ella.

De pronto, el mensajero llegó hasta su escritorio. Depositó, con extremo cuidado, una caja que estaba sellada con un entramado de cintas adhesivas. Era una entrega especial...

—Necesito que firme aquí —solicitó el hombre de gorra y le extendió la hoja de un formulario donde debía diligenciar la autorización respectiva.

—Bien, creo —respondió Ángela y, tras unos segundos de silencio, dudó de sus palabras. Entonces reventó —. La verdad es que no. El tráfico es estresante, todo aquí es extraño para mí, la gente se me queda viendo en cada dos esquinas que cruzo. Ah ¿Y sabías que la tía Bianca nos hace dormir con calcetines y pijamas de esas que controlan la temperatura corporal? Desde que llegué aquí, que despierto demasiado temprano por el ruido de la autopista.

Lo había soltado. Quizá era el dolor hablando, que buscaba una forma de desahogarse con una persona de su total confianza. Sentía su corazón contraer con cada palabra y una garganta que imploraba por agua.

—Pero cerca de nuestra casa está la autopista que conduce al aeropuerto. —Con obviedad, recalcó su progenitora. Se puso los anteojos y, antes de encriptar su firma sobre el papel, decodificó detenidamente la letra —.

Oiga, esto no fue lo que pedí. Se confundieron de paquete —. Observó con recriminación al hombre. Su humor había mutado. Sin embargo, retornó a la llamada—. Ángela, creí que vivir en ciudades de temperaturas bajas era lo normal para ti. En el invierno, eras la primera en salir de la casa a arrojar bolas de nieve contra las puertas de los vecinos.

—¡Agh! No lo sé, Mamá —se sinceró—. De pronto, solo sea...

Reflexionó al recordar la ciudad en la que había nacido. Esos días en que disfrutaba ver el paso de las estaciones desde la ventana. El otoño, por estas fechas, que asomaba sus hojas de colores café y naranjas en los parques. El hecho de experimentar veladas con sus amigos le hacían olvidar que los catorce grados del invierno, no eran nada.

¿Por qué ahora era tan diferente?

Antes de contestar sus ojos se posaron sobre una valla publicitaria, ubicada en la última acera, que dividía las dos grandes calzadas de esa avenida. Era la imagen de una mujer que vestía el uniforme de azafata: presumía una gran sonrisa y descansaba su propia mano sobre la frente. Se trataba de la promoción de una aerolínea, con el dibujo de un avión pequeño a un lado. Debajo de él, la tipografía de color blanco que enmarcaba la siguiente frase:

"Manda a volar tus problemas y vuela con nosotros en primera clase al precio de tercera..."

Esa era la respuesta que necesitaba. O creía necesitar por ahora.

—Puede que solo aceptes esos detalles del lugar de dónde vienes —resolvió.

Eso era lo único lógico que hallaba a su enigma sobre la adaptación. Apenas había transcurrido una semana de estancia en ese territorio desconocido para ella.

—Te extraño —declaró con un quejido bajo cuando sintió que esa espina de dolor ahora atravesaba sus ojos—. Extraño la casa, la ciudad, los vecinos, mis amigos y compañeros de estudio...

Un suave vapor escapa de su boca al enumerar cada persona entrañable en su vida. Abandonando por un instante su trabajo, la segunda mujer sonreía. Comprendía ese sentimiento y se aseguraría de infundirle ánimos.

—¿Y dónde queda Bastián? —cuestionó con ademán divertido, intentando ignorar la tristeza que le embargaba.

Bastián era el nombre de su perro de raza pekinés. Ese animal que atesoraba como si fuese su segundo hijo, aquel compañero que estaba con ella desde su infancia. Sus hábitos eran: leerle sus cuentos favoritos en las noches y gustar de dar caminatas extensas. Además de ser su compañero de juegos, su sola presencia la alentaba a tomarse en serio la gimnasia. Había comprado cobijas, una cama pequeña y una almohada en la que se sintiese cómodo. Igualmente, había transitado por diversas tiendas de mascotas, con el propósito de que diseñasen un collar especial para él, con su nombre grabado en la placa. O siendo muy quisquillosa al buscar pequeños buzos a su medida.

—Ese niño hermoso nunca lo olvido. —Una risa procedió. Limpió las lágrimas con un pañuelo —¿Cómo ha estado? ¿Se ha portado bien contigo?

—Excelente —confirmó —, es un poco inquieto a veces, eso sí.

—Si te molesta mucho avísame y buscamos una forma de traerlo en el ómnibus, con ocasión de algún día festivo que vaya a visitarte.

—No, no. Para nada. No me molesta cuidarlo, lo digo en serio —Apresuró a declarar de manera puntual —. Ahora te envío fotos de él. Es un muchachito adorable, se cuelga de la ventana a ver pasar la gente en la calle. Cree que en cualquier momento vas a llegar con la maleta.

Ternura y nostalgia. Dos sentimientos que cualquiera asumiría que expresan la tristeza por dejar un hogar. Escuchar de su mascota, en realidad, colmaba su espíritu y disuadía los pensamientos pesimistas del sitio en el que se encontraba.

—Claro, envíame las fotos.

—Oye, Ángela... —cambió su tono a uno medianamente severo. Su hija atendió esta vez. Iba a pronunciar algo importante —. Solo va una semana. Ya te acostumbrarás a la gente. Haz el intento ¿Sí? —En estado sosegado, sugirió —. Ahora que la tía Bianca y nosotros estamos en buenos términos es gran cosa que te hubiese ofrecido hospedaje ahí. Sabes que siempre estaremos en contacto. Te quiero mucho...

Esas palabras ablandaron su pecho. En el fondo, sabía que eso era cierto.

Que el hombre no estaba en el derecho de quejarse cuando algo o alguien garantizaba su bienestar. El entorno no la había consumido en su

totalidad.

—También te quiero Mamá. Cuídate.

—Y no causes ningún problema, por favor —suplicó su madre.

«Si supieras que lo más probable es que me veas en los titulares de las noticias del mediodía» Pensó tras recordar el caótico incidente de hace veinte minutos en Miraflores. Colgó. En un plazo prudencial de diez segundos, apareció la notificación de mensajes, acompañado de fotografías. En su chat privado su madre había enviado cerca de cinco fotos de Bastián, tomadas desde diferentes ángulos. Dos con un nuevo camión puesto; otras mostrando al can con las dos patas delanteras, apoyadas en el marco de la ventana, y las traseras en el colchón de la cama. Parecía estar embelesado con el paisaje. Ella era una dog lover. No le daba vergüenza exponerlo, incluso en vía pública.

Chocó sus labios con la pantalla. Se separó por un instante, con una sonrisa que se asimilaba a la de un actor que protagonizaba comerciales de ropa limpia. Reveló su caja de dientes, absorta en su propio “paraíso”.

—Qué lindo, lindo niño. —Otro beso. Guardó todo en galería e hizo un respaldo en la carpeta de Drive de su teléfono —mi amor hermoso, divino.

Como ya te habrás imaginado, la reacción de la gente que paseaba por ahí, era entre aturdimiento y confusión. Desconocían a quién besaba tanto, con quién coqueteaba, e incluso no sobraban los comentarios de madres solteras que le enseñaban a sus hijos sobre lo mal que era hacer eso. También, algunos hombres, al examinar ese cuadro, pensaban que la muchacha solo era una influencer que gozaba de llamar la atención. De esas que hacían directos en vivo a través de Instagram, dirigido a una “audiencia” con apenas cinco seguidores.

Sentían lástima por ella. Pero, como bien se ha escuchado alguna vez: “cada loco con su tema”.

Al guardar el aparato, su mirada y sonrisa ensoñadora se esfumaron. A la distancia, había divisado a alguien. Alguien que nunca imaginó toparse en ese escenario y contexto.

Era momento de huir.

Las compras. Bien argumentan que el hombre banal desconoce los problemas del mundo cuando tiene una tarjeta de crédito en su poder. Y

dos bolsas de compras a cada lado.

Los almacenes eran una ilusión, pues los diseños de las extravagantes prendas acaparaban el ojo humano. Si, la gente sabía cómo vender sus productos. Entrar a una tienda con promoción y descuentos casi al cuarenta por ciento, sonaba como una gran oportunidad. De hecho, se habría castigado el haberlo dejado pasar.

No quería revisar su cuenta bancaria en ese momento. Se sentía vacío. Ya tenía cosas para llevar a su casa, regalos para sus padres y un nuevo vestido para su mascota.

«La felicidad no radica en qué tanto gastes en el momento, sino en lo que ahorres una vez gastes»

—Bueno, sin trabajo, sin novia, gasté ya el dinero del mes pasado, mañana esperar por la liquidación... —resignación y aburrimiento. Esos eran los sentimientos que se ajustaba a su situación. Después meditó algo — un momento, me queda la liquidación. Puedo meterlo en mi cuenta de ahorros mientras busco otro trabajo. —Fue la intrépida solución a la que llegó—Rafa, eres muy inteligente.

Sujetando con firmeza ambas bolsas, siguió su camino, rumbo a las bancas exteriores para esperar el autobús. Ansiaba por llegar a casa y ver a Cheli. Eso o seguramente encontrarse con el cuadro de Greicy sacando sus cosas, con las valijas recostadas en la pared cerca de la puerta de ingreso.

De pronto, una chica aproximaba sus pasos hacia él a la par que sonreía, como si intentase “seducirlo” con esa acción. El panorama era extraño.

—Hola amigo, cuéntame, ¿Cómo te ha ido? —empezó la charla con aire animoso.

El hombre miró a todos lados. Quería comprobar que esa mujer lo había confundido. Nada. Nadie a su derecha, izquierda, o atrás. Por lo menos no estaba atravesando una situación bochornosa.

—Oiga, sígame la corriente que hay alguien que no quiero ver —acercó su rostro al oído contrario esta vez e insistió con eso en susurros.

Ahí lo captó. El clásico método: “hablarle a cualquier desconocido en la calle para evitar a un acosador sexual”.

—Ah, si, tú —reaccionó y le correspondió a la sonrisa de hace unos segundos —. Tanto tiempo. Recuerdo nuestra noche en Barcelona,

debemos repetirlo

En un acto de confianza, de manera inconsciente, se atrevió a posar su mano en el brazo de la contraria. Un toqueteo "amistoso" fue suficiente para recibir un empujón que lo obligó a retroceder. Lo apartó, por lo menos, dos metros de ella. Había sido abrasiva.

—¡Cuál noche, qué le pasa! —Su cuerpo había subido en temperatura. La vergüenza.

—¡Qué le pasa a usted! —reclamó el muchacho una vez su mente procesó los eventos —. En primer lugar, no la conozco. Solo ha venido a mí de la nada cuando yo estaba tranquilo. Pero seguí su teatro para que ese acosador la dejase tranquila —se explicó de manera atropellada.

Silencio. El encuentro de miradas parecía perdurable.

"Si, ahora estoy tomando un taxi. Nos vemos allá". Esa voz familiar la había despertado

de su estado de trance previo. Respiró, aliviada.
Se había quitado un lastre de encima.

—Gracias, en serio. —Su voz reflejaba honestidad —no quería tener que saludar a esa mujer, al menos no por ahora.

—Ajá.

—Ah, discúlpeme por el empujón. No pensé.

—Ya pasó —cortó. Quería pretender indiferencia, pero no podía —¿Y qué le hizo esa tipa?

—Es la novia de mi ex. —El nivel de asco era potente. —Y le cae mal solo porque es su novia —zanjó.

Ya pensaba que esa chica era una inmadura. Aunque él no era, precisamente, la definición de "persona madura". Recapitulando: había preferido a su perro antes que a su novia, había gritado a un cliente y, encima, despilfarró su dinero en compras de Miraflores; que bien lo pudo haber conservado por más tiempo en su cuenta.

Ella se mostró ofendida ante esa aseveración.

—No es por eso. Trabaja como agente de viajes, es la persona que organiza los tours y recomienda los mejores sitios turísticos. Te arma el paquete y todo.

—¿Me da su número? —Su interés despertó. Una mirada que destilaba veneno a causa de su cinismo fue la respuesta —oiga, los pasajes a

Ecuador están muy caros por estas fechas —se excusó.

—Y eso que no ha mirado Santiago de Chile —consideró con un ligero tono de burla.

—¿Usted es de allá?

—Solo si el apellido Lovinia se le hace latino.

—¿Lovinia? —Ahora sí le daba la importancia requerida —. Suena genial

¿Es una especie de figura pública?

Suponía que era de esos apellidos artísticos que la gente joven usaba durante su profesión.

Intentaba ocultar la emoción por el hecho de conocer, en persona, a una posible mujer inglesa.

—Ah, larga historia —resopló —. Mis bisabuelos eran del Reino Unido. Mis padres sí se conocieron en Santiago, pero un buen día dijeron “Oye cariño, ¿Por qué no pasamos nuestra luna de miel en algún país de Europa? Y después de darle la nacionalidad gringa a nuestro retoño, la seguimos educando en Sudamérica”

Contó la historia sobre su procedencia deformando su voz, lo suficientemente parecida, a la de un escrupuloso hombre. Lo había dramatizado muy a su manera. El muchacho soltó una risa ante las ocurrencias de esa agradable desconocida, pues era como escuchar la trama de una película de género de comedia romántica.

Alguien que caminaba a paso apresurado, por accidente, empujó la bolsa de compras del hombre y esta rodó por el suelo. Él hizo el ademán de reclinar un poco su cuerpo hacia adelante para alcanzarla, pero la extranjera fue más rápida. De manera involuntaria, sus ojos se adentraron, curiosos, hacia el interior de la misma. Había identificado algo.

Extrajo de la bolsa un pollo de caucho y lo apretó para hacer sonar su silbato.

—Ah, quiero aclarar que no tengo hijos —apremió con una sonrisa forzada. Su timidez era implacable.

—Oye, es el mismo juguete que le tengo a mi Bastián, esto los entretiene —lo ignoró y apretó dos veces más aquel muñeco. Ambos lo encontraban gracioso —. Aunque he visto juguetes mejores. Mi consejo siempre es: les encanta los huesos, sus dientes se tardan más en acabarlo.

—Lo intenté una vez con Cheli, mi perra. —Ella de nuevo lo miró al

escuchar ese nombre tan peculiar —no funcionó.

—No quiero meterme, pero veo que hizo muchas compras —analizó tras un repaso de los productos —¿Es dueño de algo?

En otras circunstancias la hubiese acusado de metiche, además de inmadura. Sin embargo, un día de perros requería una puesta de sol. Que el clima abandonase su estado de neblina espesa.

El animal, antes inhibido por las pesadas cadenas, ahora buscaba una “luciérnaga” donde depositar los males que le aquejaban.

—Era empleado de una clínica de vestido. Arreglos Borboleta.

—¡Mi tía es la dueña! —Estaba asombrada por la coincidencia —Pero su esposo era el administrador.

—Oh ¿En serio? ¿Y cómo se llama? Podría ser que mi jefe nos lo haya mencionado alguna vez.

—Eugenio Amarentus es su esposo. Bianca, mi tía.

Una “cara de poquer” fue la única expresión que la chica estaba contemplando en frente de ella. Los ojos bien abiertos y los labios apretados. Por un segundo juró que su corazón había brincado de su “asiento de seguridad”. Entre contar la historia o abstenerse y pretender que era inocente. Esa era la cuestión.

La muchacha sacó una tarjeta pequeña y la extendió. Él la tomó con un poco de extrañeza. Era de color rosa, la impresión de pasteles detrás y una tipografía viva, que deslumbraba sobre las otras.

—Puede pasarse un día si quiere —invitó, amable —, mi tía es quien lo administra ahora con unos primos y yo. Soy como una especie de practicante —explicó su situación.

—Delicias de ensueño —pronunció el nombre al leer de cerca —. Esa es la repostería a la que soñaba ir con mi ex novia.

De nuevo la aflicción. Su mente se había transportado a la discusión de esa mañana. Admitía que había sido bastante impulsivo al permitir que su boca cediera primero antes que la razón. Había terminado su historia con Greicy en el momento equivocado.

El hombre busca su propia satisfacción a través de la imprudencia.

—Perdone, no era mi intención —excusó ella rápidamente. El ambiente lo estaba sintiendo bastante tenso—. Pero sí valoraría que me viera alguna

vez entrenando.

Debió identificar el sentimiento de ser reconocida por alguien. De tener la satisfacción que una persona, además de sus padres y Bastián, se sentiría orgulloso de ella. Con esa conversación, había recordado su propósito la primera vez que había tocado ese territorio: emprendimiento. El amor por su trabajo, por profesionalizar sus habilidades.

Ese día, una persona había logrado recordárselo.

El muchacho también extendió una tarjeta. Ella la recibió con curiosidad.

—Mi papá es zapatero —confió—. Si necesita reparar sus zapatos, no dude en llamar.

—De hecho, ya le tengo trabajo —rió audaz. Había recordado el incidente del zapato que había protagonizado—. Ahora debo irme. Fue un gusto...

—Rafael —puntualizó al ver que ella se estaba enredando sola.

—Rafael —pronunció de nuevo

—Lo mismo digo... —pensativo.

—Ángela.

—Ángela —repitió.

Aquello lo realizó cinco veces más en su mente como si se tratase de un ejercicio nemotécnico.

¿Por qué lo hacía?

Por primera vez, en mucho tiempo, se había topado con una persona que le generaba una sonrisa de manera natural. Nada de máscaras, nada para impresionar. Solo ellos dos, permitiendo que todo fluyese.

Para los antiguos creadores de la comedia griega, el hombre suele forzarse a portar mascarar en su rostro cuando no se reconoce en los demás.

Como tal es una silueta que se pierde en la distancia. La muchacha caminó hasta un auto estacionado en la acera de enfrente. Seguramente, desde hace un buen rato, la estaba esperando. Giró su cabeza y dio la media vuelta. Al mirarse ambos blandieron sus manos de manera suave en señal de despedida. Ingresó al vehículo y cerró la puerta,

emprendiendo la marcha hacia su destino.

Y él no sabía cuándo la volvería a ver. Quizá al saber de ella en las noticias del mediodía. Quizá cuando anunciaran la apertura de otro centro comercial.

O quizá al coincidir de nuevo en la cafetería de una plazoleta de comida cualquiera cuando tuviese la fortuna de compartir un café latte espeso.

LECCION DE ESTA HISTORIA

(Por el autor)

Cuando encuentres la oportunidad de conocer a alguien interesante, asegúrate de que esa persona quede grabada en tu memoria, al menos, durante una temporada.

FIN